

# A LA VUELTA

---

## DE LA ESQUINA

HAMISH FULTON

En este número de *Vuelta* se publica un ensayo de Mark Strand sobre las fotografías familiares y su relación con la poesía. El poeta norteamericano explora una experiencia que, en este siglo, es común a todos: la compleja combinación de afecto y rechazo, de reconocimiento y extrañamiento con que, por virtud de la fotografía, contemplamos las imágenes pasadas de nosotros y de los nuestros. Un viaje en la quietud y una experiencia de la intimidad que nos revela nuestra intemperie.

Las ilustraciones que aparecen en este mismo número son fotografías pero de naturaleza opuesta a aquellas a que se refieren las páginas de Mark Strand. Su autor es un artista inglés, Hamish Fulton, nacido en Londres en 1946 y que comenzó su trayectoria en 1969. Por una vez, el término *trayectoria* está usado aquí no sólo en sentido figurado sino aun, y sobre todo, literalmente. Desde hace poco más de dos décadas, Fulton ha caminado casi 20 000 kilómetros por México, Nepal, la India, Canadá, Perú, Escocia, Estados Unidos, Australia, Francia e Italia, tomando fotografías y breves anotaciones que, oblicuamente, dan testimonio de sus recorridos. Oblicuamente, porque antes que representar la experiencia del viaje mediante el testimonio de lo típico, lo de antemano significativo, las fotografías y anotaciones de Fulton recuperan los altos en el camino señalando accidentes, apariciones imprevistas, márgenes y pausas. En muy contados casos puede hablarse de las fotos de Fulton como de paisajes, y nunca sin reserva. Si Strand reconstruye la experiencia de moverse en la intimidad, Fulton —no sin violencia— muestra la intimidad de la intemperie. Una intemperie subrayada, además, por las breves anotaciones con que acompaña sus fotografías, tan claras como enigmáticas. Estos pies de foto concisos como una señal de tránsito que dan título a las imágenes las nombran casi siempre sin describirlas. Van seguidas siempre de una

o unas cuantas líneas informativas escritas sin puntuación —es decir rectas, sin ondulaciones— que sitúan imprecisamente, y por ello más significativamente, las imágenes: las *inscriben* en un recorrido, en un transcurso. No describen un lugar sino un tránsito, como señalando la posibilidad del lugar en el tránsito, como señalando en el movimiento el origen de la quietud. Ni los pies ni las líneas que los acompañan parecen querer decir nada *sobre* las fotografías. En los casos extremos, como en *Bitten by a dog* —que se reproduce en este número de *Vuelta*—, las palabras del título se refieren a un acontecimiento sin relación con la fotografía, fuera quizá de su coincidencia temporal, de su encuentro en algún punto del trayecto. ¿A qué se refiere la palabra *DRUM*, tambor, colocada bajo una imagen circular de la Sierra Tarahumara: al sonido de un tambor escuchado en el lugar de la fotografía, como parece? ¿O en realidad, como en el caso de *Bird rock*, se trata de un título metafórico? No lo sabemos: los títulos de Fulton, porque casi no dicen nada sobre las imágenes, parecen hacer patente su silencio —el de las palabras y el de las imágenes o, en el fondo, el de la escritura y el de la mirada. Nombrar para hacer perceptible el silencio: ¿no es esa la operación poética fundamental? Frecuentemente, las breves anotaciones de Fulton hacen pensar en las colecciones de haikus y, sobre todo, en Matsuo Basho y sus *Sendas de Oku*. ¿Quién no se ha sentido

tentado, ante ese libro, a emprender el viaje cargado de una pequeña libreta y una pluma? Pero en los cuadros de Fulton hay también una crítica de la escritura y, en ese sentido, se emparentan con un libro en el que, sin cerrarse, culmina una larga tradición de relatos de viajes: *El mono gramático*, de Octavio Paz. En ambos casos, el viaje emprendido es el viaje de la escritura, que se mueve para fijar pero cuya fijeza es imposible. En algunas de los cuadros de Fulton, como el que reproduce la portada de este número de *Vuelta*, las imágenes son palabras y, muy visiblemente, letras: letras nítidas en una tipografía austera y silenciosa que dice tan limpiamente que dice en silencio y acaba por decir el silencio. Arte de callar. Estamos, pues, ante una obra de despojamiento y podemos estar seguros de que Fulton no pretende hacer una *boutade* cuando insiste en que su obra no es la de un fotógrafo. Pero es difícil aceptarlo, aun si advertimos las pequeñas imperfecciones técnicas de algunas de sus fotografías —imperfecciones que operan como marcas, rasgos, matices—: en las imágenes que éstas fijan, gobernadas por oposiciones, contrastes y equilibrios que no son otra cosa que la huella de una mirada, hay una luminosa evidencia formal y de ellas se diría mejor que nunca que la naturaleza imita al arte. En efecto, pero el lugar de la mimesis es el ojo.

A.A.

S N O W L A K E L E A F S T A R  
T W I G H A W K C R O W F I S H  
H O W L M I N D M I S T W A L K  
R A I N M O S S B E A R B O N E  
E Y E S W I N D R O C K M O O N  
F R O G D E E R S E E D C A M P  
D A W N C O L D D U S T F I R E

A SEVENTEEN DAY WALK IN THE ROCKY MOUNTAINS OF ALBERTA AUTUMN 1984